

Sobre la esencia de España (*)

I. La esencia de España, cuestión de actualidad.

Uno de los temas de actualidad es sin duda el de la esencia de España. Basta echar un vistazo a las recientes publicaciones sobre este tema.

Escribió un ensayo sobre él P. Laín Entralgo, ensayo que luego, refundido y ampliado, fué publicado en una obra de dos tomos (1). Abordó el tema desde un punto de vista muy distinto R. Calvo Serer poco tiempo después (2). Terció en el debate F. Pérez Embid en varias publicaciones, alguna de las cuales sólo indirectamente tocaba el tema, otras se lo proponían desde el principio (3). Desde el otro lado del Atlántico nos llegaron ecos del éxito editorial que tuvo el libro de Américo Castro, reeditado con parecido resultado. Las reseñas de este libro han sido copiosas y no todas juzgan unánimemente el acierto de la obra, como se ha notado hace poco en un estudio sobre este tema por el P. E. Rey, S. I. (4). A esta copiosa bibliografía habría que añadir no pocos de los libros, monografías, conferencias y folletos que con ocasión del centenario de Menéndez Pelayo han suscitado de nuevo un problema con el cual estuvo estrechamente vinculado como es bien sabido.

No sorprende esta copiosa floración de publicaciones sobre el tema de España. Ante las crisis y problemas que va planteando el mundo en nuestra época es preciso tomar posición, afirmarse en una actitud; pero acompañando a la práctica y a la acción va siempre el

(1) LAIN ENTRALGO, P.: *España como problema*. Seminario de problemas hispanoamericanos, Madrid, 1948; la reedición en dos volúmenes, Madrid, 1956.

(2) CALVO SERER, R.: *España, sin problema*. Biblioteca del pensamiento actual, Madrid, 1948; segunda edición, premio nacional de literatura 1949.

(3) PEREZ EMBID, F.: *En la brecha*. Biblioteca del pensamiento actual, Madrid, 1956. Indirectamente tocó este tema con la selección de temas de MARCELINO MENENDEZ PELAYO: *Textos sobre España*, publicada en la misma colección, Madrid, 1955.

(4) REY, E., S. I.: *La polémica suscitada por Américo Castro en torno a la interpretación histórica de España*. En la revista *Razón y Fe*, 157 (1958), 343-362.

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico de Balmesiana el 16 de mayo de 1958.

cortejo de las ideas, que en parte suelen preceder y en parte afianzar cuanto acompañan. Nicolás Berdiaeff cuando lanzó ante el mundo atónito su famosa obra *Una Nueva Edad Media* ¿no sintió acaso necesidad de echar mano de una ideología o si se quiere filosofar? (4 bis)

Precisamente esto es lo que echo de menos en los libros que antes he citado. Sin discutir el mérito que encierran muchos de ellos, cualquiera puede ver que insisten preferentemente en el aspecto histórico y sólo de un modo accidental llegan a la zona de los principios.

Mi intento, en las breves reflexiones que me ha suscitado la lectura de estas páginas, es precisamente el inverso: preferentemente filosófico, elevar la cuestión al nivel de los principios constitutivos de toda sociedad, que pueden aplicarse a España, como a cualquier otra entidad étnica, y sólo accidentalmente (es decir, como instrumento para aplicar estos principios) echar mano de la Historia para deducir una Filosofía sobre el ser de España.

Como no es un tratado estructurado lo que he redactado, sino sencillas reflexiones, el título algo ambicioso de *Filosofía sobre la esencia de España*, queda reducido a sus justos límites si se formula: *Reflexiones sobre la Esencia de España*, o más brevemente *Sobre la esencia de España*.

He procurado en ellas aligerarme, en la medida de lo posible, del fárrago de notas y citas, que pudieran dar al escrito el aspecto de trabajo erudito, que por otra parte no he pretendido. El mismo estilo, suelto y hasta en ocasiones familiar, invitará a su lectura y aun quizá a un diálogo provechoso.

Dos son las partes en que se divide este estudio: el problema, la solución. Empecemos planteando lo más claramente que podamos cuál es el problema que intentaremos luego resolver.

II. El problema.

El escándalo de España.

Siempre que dentro de un grupo humano hay un elemento con personalidad destacada, distinta de las demás, se produce a su alrededor el mismo fenómeno: el escándalo.

«Escándalo» significa propiamente tropiezo, obstáculo. La persona que tiene una personalidad muy acentuada, muy propia (en bien o en

(4 bis) BERDIAEFF, N.: *Una Nueva Edad Media. Reflexiones acerca de los destinos de Rusia y de Europa*. Versión española de José Renom. 7.ª ed. Barcelona, 1937; II, *La Nueva Edad Media*, § 1, p. 54: «La substancia misma de mi filosofía es el no tener relación alguna con el pensamiento de esos tiempos modernos que yo considero acabados. Es el pensamiento de otro mundo que está empezando, que pudiera ser una nueva Edad Media. Los principios espirituales de los tiempos modernos están gastados, sus fuerzas espirituales agotadas. Va cayendo el día racionalista de la historia pasada.»

mal, poco importa para el caso) produce a su alrededor como impresión primera, extrañeza y luego una reacción de oposición.

¿Es malo, especialmente malo un hombre, comparado con los que le rodean? Su actitud choca con la de los demás. Puede ser que de este choque salga la imitación por parte de otros y su caída: es el escándalo en sentido propio: tropiezo.

¿Hay en una sociedad una persona notablemente buena o santa? Muchos de los que la rodean sentirán como primer impulso la extrañeza; serán luego impulsados a la crítica y a la oposición. Reaccionarán o no contra este primer impulso; pero lo sentirán. Si no reaccionan bien y ante la humillación que les causa comparar dos géneros de vida tan diversos, toman la ocasión de cualquier acto de la persona santa para murmurar, criticarla, rebajarla (y con ello ya pecan), también aquella persona (santa en este caso, pero con faz propia) habrá sido ocasión de caída, de escándalo. Este es el escándalo que en Teología Moral se conoce con el nombre de «scandalum pharisaicum»; el escándalo farisaico.

Lo que pasa con las personas físicas se repite con las personas morales que son las sociedades. Un grupo de sociedades ofrece normalmente el aspecto de cierta homogeneidad. ¿Se separa una de ellas, se destaca en ella su faz propia? Es fatal; no falla la reacción. El escándalo, ya del mal ejemplo, ya el «pharisaicum», ya simplemente el que podríamos llamar «social», se produce a su alrededor.

Tal es precisamente el caso de España.

Hay en el extremo occidental del continente asiático una región con una cultura, una tradición, una historia, que en cierta medida es común a todas las sociedades que la habitan. Es la región que conocemos con el nombre de Europa y su cultura con el de Cultura Occidental.

De repente advierten que una nación, una sociedad dentro de esta sociedad de sociedades, tiene caracteres notablemente propios, que en algo no es como las demás. Ya está. Un «¡oh!» redondo y hostil se dibujará en su boca; un gesto iniciará la mano, cuyo índice se levantará como una flecha designándola para atravesarla: «¡es ella! ¡se atreve a tener personalidad propia!»

Pero ¿tiene realmente España una faz propia?

Desde luego no soy yo el primero en afirmarlo. No sería difícil señalar una larga serie de pensadores que lo han notado, sin necesidad de recurrir a tiempos antiguos como los de San Isidoro de Sevilla, ni a medievales como los de Alfonso el Sabio.

Recuerdo en este momento el libro bastante reciente, del alemán Schubert, titulado *El alma de Europa*. Señala dentro de esta comunidad europea, dos tipos disidentes, dos sociedades con faz notablemente propia: Rusia y España.

Y ¿por qué tendrá España una faz propia? ¿en qué consisten los rasgos propios de su faz?

Desde luego no se forman en un instante los rasgos del hombre.

En el niño apenas son perceptibles. Pero la trayectoria iniciada ya en los comienzos de la vida, aunque sujeta a mil y mil rectificaciones, sigue sin embargo un cierto camino propio, se consume cuando ya el hombre llega a su plenitud. El hombre de los cincuenta años tiene tras sí la historia y recorrido de toda su vida anterior, que lo ha estructurado. También a partir de lo que hoy es podría aún evolucionar hacia una u otra dirección, desde luego; pero sólo a partir de lo que hoy es, es decir, a partir de las virtualidades que tiene. Hoy es lo que es, gracias a lo que fué; lo cual en cierto grado determina el término adonde por varias direcciones e indeterminaciones particulares, puede llegar.

Si aquel niño lejano, que podía ser médico, ingeniero y filósofo, ha llegado de hecho a ser médico de largo ejercicio profesional, no puede empezar a los 50 años a cursar la carrera de ingeniero exactamente con la misma disposición con que podía cursarla a los 16 años. A partir de lo que hoy es, podría dejar la medicina y ser «algo de ingeniero, pero «ingeniero» distinto del que hubiera sido si desde los 16 años hubiera tomado esta dirección.

Es decir, la libertad y contingencia para el futuro no es total; está en parte condicionada por lo que hoy se «es», como este hoy está en parte condicionado por lo que ayer se «fué».

Ahora bien, la Historia de España ha influido en lo que ella es hoy. Imaginarse que pueda de repente con un audaz cambio, dar un volapie y ser por ejemplo Francia o Inglaterra, es a mis ojos un pensamiento pueril, que no merece atención. Ya examinaremos en capítulos ulteriores algunas de estas mentalidades y veremos a qué podría llegar España. Pero ahora no adelantemos las conclusiones futuras. Nos basta ahora observar que la Historia de España (entendida en el sentido de un ser u organismo moral o sociedad, evolucionando a través de los siglos) ha estructurado la faz propia con que la encontramos hoy en Europa.

Naturalmente no interesa trazar en este momento una visión de conjunto de la Historia de España; basta para nuestro intento señalar los virajes más fundamentales que han señalado la orientación de conjunto de su ruta.

Formada como una de las más antiguas regiones de Europa, muy cerca de la Italia de la Roma cristiana, como se complacía en señalar certeramente el gran García Morente en su disertación sobre la Historia de España, fueron Grecia y Roma los elementos que sobreponiéndose al elemento «material» o étnico, dieron el primer giro propio a su ser. El tercer elemento fué el Cristianismo.

Una revista italiana, «Humanitas», consagró todo un número al tema de Europa, a base de relaciones pedidas a diversos escritores de hoy. Cada escritor expuso cuál es a su ver la esencia más íntima del alma europea (5). Como pidieron mi colaboración hice notar ante

(5) Humanitas (Brescia), XI (1956), núms. 10-11, oct.-nov.

todo que así como en los organismos vegetales y animales hay una materia y un elemento formal o alma, que la informa y le da como la dirección unitaria de su ecología, asimismo los organismos morales o sociedades constan de un elemento material (los hombres que las constituyen) y de un elemento formal, la Autoridad, que más propiamente especifica el todo y contribuye a la dirección teleológica del viviente hacia un término propio. Como Europa no ha sido en rigor una sociedad, sino algo semejante a cierta sociedad o comunidad de naciones con afinidades especiales, tampoco podemos hablar en rigor de un principio formal, sino cuasi-formal. Y este es triple: Grecia, Roma, el Cristianismo. Veremos después, cuáles son los principales rasgos que este triple principio cuasi-formal ha dado a España, estructurándola dentro de Europa.

Así nació España, lo mismo que las demás naciones europeas, con sus caracteres individualmente distintos, dentro de una cierta especificidad común de semejanza. Podemos llegar con la imaginación retrocediendo hacia el pasado, hasta la víspera del Renacimiento. Ya España era España y no Inglaterra; como el niño Luis de diez años y el niño Juan hermano gemelo suyo, no se confunden. Pero no hay todavía entre ellos un abismo. El abismo se abrirá después. Llegarán a la madurez, cuando el hombre ya está estructurado. Luis ha sido un perdido y es ahora un hombre gastado, escéptico, amargado, inútil; Juan se ha autoformado, conserva su corazón con plenitud de ideales. Entre los dos hombres de hoy no hay la misma semejanza que entre los niños de ayer, aunque ayer ya eran algo diversos, es evidente. Coloquémonos, pues, en vísperas del Renacimiento, cuando las naciones europeas eran casi como hermanas gemelas, o por lo menos con poca diferencia en unas respecto de otras. El movimiento del Renacimiento se inicia. Italia, precoz socialmente como lo son ahora sus niños, lanza el nuevo estilo de vida ya a fines del siglo XIV. España, ¿qué hace? ¿asimila pronta y fácilmente el Renacimiento?

El Renacimiento le llega tarde y mal. No sólo esto; hasta cuando llega este Renacimiento, España da su primera muestra importante de autoafirmación en gran escala europea. Es innegable que entre el reformismo humanista, de Erasmo, cáustico y sospechoso, siempre lindando el borde de la ortodoxia y a veces con desprecio de lo que no debía despreciar, y el Renacimiento de signo católico de nuestro Luis Vives, media un abismo. Marcel Bataillon, el conocido autor de *Erasmo en España*, no deja de notar lo curioso del caso de España en esta ocasión decisiva (6).

(6) BATAILLON, M.: *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. Trad. española, México, 1950. Es curioso que Bataillon, que ha explicado la frase erasmiana «Hispania non placet» por el predominio que creía podría encontrar del elemento judío, se vea después forzado a echar mano del influjo semítico con su *iluminismo*, para explicar por qué tuvo efectivamente éxito en España Erasmo: «En todo caso, no se comprende el erasmismo, en este país por lo menos, si no es en el seno del iluminismo», lo cual es con-

Hasta en la Filosofía (no podía ser menos) el pensamiento tuerce rumbo cuando cruza los Pirineos. Fué el dominico Beltrán de Heredia quien hizo notar muy acertadamente el fugaz y pequeño destello del nominalismo en Salamanca (7). Ockham es en el siglo XIV quien hace laber de zapa bajo la raíz del esplendoroso siglo XIII. Todo el siglo XIV y el XV están llenos (en Filosofía) de la lucha entre los «nominales» y los «reales» como decían entonces.

Pero no es esto todo, ni siquiera lo principal. Lo principal es que al humanismo le acompañaba el Protestantismo. Con el Protestantismo todo un modo, en buena parte opuesto, de concebir la vida. En esta encrucijada decisiva para el alma europea, en este momento que estructuraba los rasgos de las naciones de Europa, buena parte de ellas sucumbió: Alemania, Inglaterra, Holanda, los países nórdicos. Aun otras que no les siguieron, quedaron con un fuerte impacto, como Francia.

España no. Pero no solamente rechaza el nuevo estilo en algunos de sus más típicos gestos, sino que en éstos lo combate con decisión y energía bien conocidas, distinta por ejemplo de la actitud algún tanto indecisa de las regiones italianas. España estructura el primer gran rasgo diferencial que habrá de manifestar más con el tiempo su faz propia dentro de Europa. La diferencia que hay entre los cabizbajos y lúgubres puritanos por un lado, y por otro las órdenes religiosas españolas es tal, que sólo quien sea víctima de prejuicios puede negarla. La diferencia entre las muchedumbres divididas en mil sectas y creencias por un lado y por otro la unidad de fe del pueblo de tradición católica es tal, que ni siquiera el que tenga prejuicios puede negarlo, con tal que le quede un recto ejercicio racional.

Por profundo que haya sido el surco que dejó en la carne joven de Europa la disgregación del Protestantismo y la actitud no sólo ajena al remolino, sino destructora de él, como fué la de España en Trento, sin embargo todavía hay que tener en cuenta el segundo gran rasgo diferencial: el liberalismo.

fesar implícitamente que si no hubiera sido por este camino no habría entrado la corriente erasmiana. Es también muy curioso lo que dice en la Conclusión, pues parece establecer un cierto paralelismo entre tres corrientes «europeizantes»: la erasmiana humanista protestantizante contra la de los frailes españoles en el siglo XVI; la del krausismo en el siglo XIX contra la España «antieuropea» que finalmente lo hizo fracasar; y además de esto, escribiendo Bataillon en agosto de 1936 (fecha que no hay que olvidar para entender su alusión) la lucha de dos bandos, que a juzgar por el paralelismo anterior ¿serían también el de los «europeizantes» y el de los «antieuropeos»? Pág. 433: «Movimientos [el erasmiano y el del Krausismo], asimismo, que tuvieron que empeñar lucha tenaz contra otra España ariscamente antieuropea, enemiga de las novedades, temerosa de perder su yo. La lucha no ha concluido. Está tomando formas trágicas [...]. Ojalá ayude a España y al mundo [el humanismo] a resolver los verdaderos problemas, a ahuyentar las pasiones, las querellas metafísicas y todos esos aterrorizados fantasmas que esconden a los hombres su fraternidad profunda» (!). (El subrayado es mío.)

(7) BELTRAN DE HEREDIA, O. P.: *Accidentada y efímera aparición del nominalismo en Salamanca*. La Ciencia tomista, 62 (1942), 68-101.

No son pocos los elementos que nos da Mousnier (8) para advertir el complejo vórtice de elementos que habían de culminar en el empujado siglo XVIII. Los deístas ingleses, los enciclopedistas franceses, preparaban poco a poco desde hacía decenios el advenimiento de una revolución y de un siglo nuevo. Cuando tuve por primera vez ocasión de leer a Voltaire y a otros enciclopedistas, recuerdo que me llamó la atención observar no sólo la profunda división que introducían en Europa respecto del pasado, sino sobre todo cómo preparaban consciente y premeditadamente el advenimiento de una revolución que pretendía dar un mundo nuevo (9).

Esta revolución llegó: fué la revolución francesa. La mentalidad liberal de la «liberté, égalité, fraternité» (entendidas no ya como fruto de ver en el hombre la dignidad de hermano de otro hombre por ser ambos hijos de Dios, sino como fin en sí, fruto del antropocentrismo más radical) triunfó en Francia. Napoleón se encargó de extenderla con sus armas por toda Europa. Es curioso observar cuán profundamente ha penetrado en Francia esta mentalidad bajo el equívoco de presentar lo bueno que contiene, gracias al hecho de ser en esto una herencia del cristianismo, y disimulando a veces todo lo que de rebeldía antropocéntrica encerraba.

Tanto ha penetrado que aquéllos que claman contra el reconocimiento oficial y público de la Iglesia por parte del Estado, bajo pretexto de que así la Iglesia quedaría sometida, no se dan cuenta de que ellos mismos encarnan una perfecta coordinación Iglesia-Estado en Francia, defendiendo, asimilando y propagando el ideal de separación Iglesia-Estado, que es precisamente el del Estado francés. Con una diferencia sin embargo y es que en este caso luchando contra lo que llaman «césaro-papismo» es el «césaro-papismo» de su estado liberal quien condena a una perpétua situación de minorías su fe católica; ni siquiera aspiran a que un día por ser católica la gran mayoría, lo sea también el Estado públicamente: es decir, el Estado les ha impuesto su dogma laico; es una clase, y bien grave, de césaro-papismo y de sumisión, más que de alianza.

¿Qué hizo España en esta segunda gran encrucijada del liberalismo europeo? Aquí no es preciso acudir a los anaqueles de las bibliotecas para que nos lo digan los libros; fueron las guerras, de las que van extinguiéndose sus últimos supervivientes, las que nos hablan claro sobre la reacción de España. España que en el siglo XVI había quedado libre de las atroces guerras de religión porque impidió a tiempo que el nuevo germen protestante contagiase a su pueblo, no pudo impedir en los albores del siglo XIX que las bayonetas de Na-

(8) MOUSNIER, Roland: en *Histoire Générale des Civilisations*, tomo V, *Le XVIII^e siècle Revolution intellectuelle, technique et politique (1715-1815)*. Parte 1.^a, libro III, cap. III, «La masse des espagnols gardait le mépris des étrangers la fidélité inviolable au roi, à la vieille foi et à la patrie» (pág. 226).

(9) VOLTAIRE: *Siècle de Louis XIV*. París, 1854, cap. 36 ss.

poleón y los cortesanos *afrancesados*, de empelucadas cabezas y recamados levitones, inocularan en su carne viva el morbo contagioso del liberalismo. La reacción fué tan violenta que con varias guerras carlistas manifestó la repulsa de su ser por esta nueva mentalidad. Imaginar que el abrazo de Vergara fué una igualación espiritual en lo doctrinal, así como lo había sido en lo político, es imaginar algo que está fuera de la realidad. España quedó otra cosa que Europa

Entre los muchos rasgos que el hecho de la discrepancia antiliberal llevaba consigo, queda uno de los más patentes en su actitud ante la verdad, que es precisamente un determinante de muchas otras disposiciones y actuaciones de España.

Imaginémonos una sociedad absolutamente dividida en credos diversos y opuestos: católicos, judíos, luteranos, calvinistas, adventistas, cismáticos, librepensadores, racionalistas, ateos... Se plantea en seguida al católico el problema: ¿he de aceptar esta multiplicidad de credos o he de evitar toda comunicación y trato con ellos? La solución católica es bien conocida: si nos encontramos de hecho en una sociedad así dividida, podemos aceptar esta situación como mero *hecho*, nunca como *derecho*; la toleraremos como forzoso *mal menor*, nunca la defenderemos como término *ideal* al que debemos tender; la libertad de pensamiento y de palabra para expresar y propagar *estas ideas* no es una libertad «fundamental» del hombre como si fuera en fin en sí, sino un simple mal menor, que en ciertas circunstancias históricas no hay más remedio que tolerar; para el católico la libertad es un don precioso que Dios concede para el bien, no para que se haga el mal, por tanto no se podrá considerar la total libertad, ya que no es *fin en sí*, sino que cuando se desvía en la mente y en la palabra a veces será menos mal permitirla, pero queda siempre en pie que el derecho sólo lo tiene la Verdad, como radicada en el ser, y en última instancia en Dios; por tanto la libertad de pensar y de expresión es *un medio* para el verdadero fin, que es la posesión de Dios.

Lo mismo que respecto del binomio Verdad-Falsedad, ha de decirse del otro, Bien-Pecado. Dios permite el pecado como hecho; pero nunca le concede un derecho. Así como de Dios brota la Verdad, no el Error, de El viene el Bien, no el Mal, que entitativamente es una privación de ser, radicado, eso sí, en un ser bueno.

Como se ve, las dos concepciones, liberal y católica, son radicalmente opuestas si uno no se queda en la epidermis de lo hermoso que es hablar de libertad, de la hermandad, de la igualdad, sino que penetra hasta su sentido pleno y su radicación. Pero lo peor no es sólo esta radical oposición; lo peor es que se incurre fácilmente en engaño pasando de la permisión del mal o del error como «hipótesis», a afirmarlos como «tesis». Se empieza tratando al masón, al ateo, al hereje, al pecador con caridad y bondad, admitiendo no el error, sino admitiendo al hombre que está equivocado; no el pecado, sino al pecador; lo cual es sencillamente caridad cristiana, si se hace

en las circunstancias debidas. Pero poco a poco se pasa de ahí a tratar bien al ateo *en cuanto ateo*, al hereje *en cuanto hereje*; con-temporizar con el pecador no en cuanto hombre digno de nuestra compasión, ayuda y amor, sino precisamente *en cuanto pecador*; pero esto ya no es lícito ni está fundado en la verdad, tanto filosófica, como teológica. Esto podrá ser actitud liberal, pero católica, no. Jesucristo era con los errados y pecadores la misma bondad y misericordia: parábola de la oveja perdida, del hijo pródigo, perdón de la pecadora que con sus lágrimas lavaba sus pies, perdón de la mujer sorprendida en adulterio... pero en cuanto se pasaba desde la persona a la doctrina, Jesús cambiaba radicalmente, y era inflexible: «el que no os creyere, se condenará», «sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto».

De esta doble situación de actitudes se ha venido finalmente a parar a dos consecuencias o resultados prácticos: la actitud de escepticismo o *indiferentismo teórico* por un lado, y al contrario la actitud de *lucha por la Verdad* por otro lado.

La situación final obvia de la actitud liberal ha sido con frecuencia el indiferentismo: «da lo mismo una fe que otra, una filosofía que la opuesta; todo es verdad, es decir, nada lo es de modo absoluto, excluyendo de derecho el error opuesto; no sólo de hecho hay múltiples filosofías, creencias religiosas, concepciones jurídicas, sino que de derecho todas son igualmente verdaderas y respetables, etc.». El paso desde este relativismo de ideas al relativismo moral en la conducta no siempre se ha dado, afortunadamente, pero de suyo es obvio, y a veces se ha verificado, como por ejemplo en la reciente «moral de circunstancias», que con pretexto de «sinceridad», toma como si fuera derecho o ley cualquier desviación individual de hecho.

En cambio la situación final a que conduce la auténtica actitud católica es la que manifiesta el magisterio de la Iglesia. Que la Iglesia Católica se mantenga constantemente firme en su actitud doctrinal en medio de un naufragio universal de relativismo, es algo tan maravilloso e inaudito en nuestro mundo moderno, que bastaría esto para reconocer en ella la acción del Espíritu de Dios. Roma mantiene el Índice de libros prohibidos; el Papa enseña constantemente qué es verdad y qué no lo es. Ante los equivocados tiene un inmenso amor, bondad, comprensión de las personas (recuérdese por ejemplo su actitud respecto de los judíos perseguidos, durante la guerra europea de 1939 a 1945); pero en las malas acciones y doctrinas sólo tiene comprensión *de hecho*, o *del hecho*, nunca una comprensión que equivaliese a aprobación, es decir, a claudicación de ideas, a elevar a nivel de derecho el error.

Habiendo puesto los ojos en esta doble corriente, la liberal y la católica, pongámoslos ahora en España y en el resto de Europa. Si bien sería falso y hasta ridículo decir que la frontera española señala el límite preciso entre catolicismo y liberalismo (desde luego yo no quiero decir esto), no obstante no es nada exagerado, sino al contrario

muy verdadero, notar que hay en el conjunto de España rasgos que ciertamente *con frecuencia no coinciden* con la actitud liberal; y que en el conjunto de Europa hay por el contrario actuaciones y doctrinas, que *con más frecuencia coinciden* con la actitud liberal.

He aquí, pues, un rasgo diferencial especialísimo, de la más alta importancia, que, no diré, ha configurado a España (pues tan excelentes católicos conocemos de Holanda, Alemania, Estados Unidos, Francia, etc., que lo poseen igual) sino que *de un modo especial* ha configurado la faz de España.

Otro tercer elemento diferencial ha venido a sobreponerse a los dos anteriores, que ya eran en sí mismos, de tanta importancia. Este tercer elemento ha sido el decisivo influjo de la filosofía kantiana y postkantiana, cuyo esencial subjetivismo y marcado peligro de relativismo, ha venido a llevar al orden de la filosofía el subjetivismo que en lo religioso inició Lutero y en lo jurídico-moral el liberalismo.

Si Kant hubiera nacido en otro siglo y en otras latitudes quizá no habría producido un viraje en el mundo. Pero vino precisamente en un momento cuya fuerza se sumó a las que ya hacían tambalear el carruaje: con ella volcó de plano el mundo, con una radical revolución copernicana: el hombre centro, y la verdad con el objeto a modo de satélites, a su alrededor.

Es tan conocido que España durante todo el siglo XIX ha mostrado un temple especialmente reacio al subjetivismo postkantiano, que la frase de Balmes a este respecto sólo es una luminosa profecía (10) y el notable fracaso del krausismo fué su cumplimiento, como bien lo ha de reconocer un libro especialmente favorable al krausismo en España (11).

No creo que nadie vaya a negarme los dos asertos iniciales de este capítulo: que España dentro de Europa tiene efectivamente una faz propia; y que por tenerla se plantea una dificultad: ¿qué actitud tomar ante la oposición que suscitará en el público europeo el hecho de que haya caído dentro de sus confines un ser extraño, que no es como quienes lo picotean?

Este es el problema que tenemos planteado. No es de hoy, ni de

(10) BALMES, J.: *Cartas a un escéptico*. Carta VIII. *Los nuevos espiritualistas franceses y alemanes*. Obras completas (Ed. Balmes), vol. 10, pág. 173: «No dudo que usted se quedará profundamente convencido de que esa nueva filosofía que tanto se nos pondera no es más que la repetición de los sueños en que se ha mecido en todos tiempos el espíritu humano siempre que en la embriaguez de su orgullo se ha desviado de los principios de eterna verdad. Afortunadamente hay en España un fondo de buen sentido que no permite la introducción y mucho menos el arraigo de esas monstruosas opiniones, que tan fácil y benévola acogida encuentran en otros países, y por este motivo no es tan temible que los errores de que estoy hablando causen entre nosotros los males que en otras partes han producido».

(11) JOBIT, Pierre, L'Abbé: *Les Educateurs de l'Espagne contemporaine*. Vol. I, Les krausistes; Vol. II, Lettres inédites de D. Julián Sanz del Río, publiées par Manuel de la Revilla. París, 1936.

1931, ni de 1870, ni de cada crisis: es el primer capítulo de la filosofía de una realidad histórica, que hemos de tener la profundidad suficiente y la valentía debida para enunciar. Sólo así podremos empezar a examinar las diversas soluciones que a su planteamiento se han dado.

«*Papanata europeizante*».

Las duras palabras que encabezan este capítulo no son mías. Salieron de la pluma de Don Miguel de Unamuno y Jugo. La persona contra quien iban dirigidas era Don José Ortega y Gaset.

¿Por qué llamó Unamuno a Ortega de esta manera que no me atrevería a pronunciar si no fuera en forma meramente histórica, entrecomillando las palabras para indicar que «sólo digo que dijo»?

Sucedió a principios de siglo. El joven Ortega llegaba de Alemania rebosante de las quintaesencias de Marburgo, excepto quizá el idealismo logicista, que no cuadraba bien con el luminoso sol de Málaga. Eran aquellos años (cuyos vestigios quedan patentes en sus primeros escritos de *Obras Completas*) en que el maestro lanzó el grito que creía ser la solución de la antinomia: ¿es distinta España de Europa? Pues europeicémosla, para hacerla igual: «europeizar a España».

¡Qué de cosas suponía y llevaba consigo este sencillo grito de «europeizar» a un país ya europeo pero no europeizado!

Estorba la pretensión de una verdad «absoluta», de una Fe cuyos opuestos serían claro está, falsos; dejemos caer alegremente la pretensión de poseer una verdad racional que sea «la» verdad, la pretensión de una fe que sea «la» fe. El perspectivismo; todo son perspectivas, ninguna se opone a las otras, se le sobreponen. Después fué el historicismo: la antigua Metafísica ha hecho «una y otra vez en vano su gesto definitivo». El tipo o estructura mental, con su repertorio fijo y limitado de maneras radicalmente diversas de ver el universo, a lo Dilthey: es absurdo pretender que lo que es falso para el metafísico, por ejemplo, lo haya de ser para el poeta o para el religioso. Mas tarde todavía el existencialismo a lo Heidegger, para quien toda verdad es «esencialmente relativa al ser humano» (12).

Cuando despuntaba el principio de esta progresiva trayectoria, unos ojos redondos, nimbados de un aro con cierto parecido a los del mechuelo, los de Unamuno, miraron despectivamente al atrevido jovenzано europeizante. Si no con estos términos, con un fondo parecido vino a decirle: ¿no ves que si dices que todo es una perspectiva te replicarán que también es una perspectiva tu teoría de la

(12) HEIDEGGER, M.: *Sein und Zeit*. 4.^a éd. Halle, 1935. Parte I, sec. 1.^a, cap. 6.^o, § 44, c., pág. 227: «Alle Wahrheit ist gemäss deren wesenhafter daseinsmässiger Seinsart relativ auf das Sein des Daseins».

perspectiva? Y saltó como una saeta la frase que encabeza este capítulo: papanata europeizante.

Lo que «europeizar a España» en el fondo significaba era reducir la distancia entre España y Europa a base de cambiar a España.

Prescindamos ahora, porque realmente no nos interesa, de si efectivamente fué o no fué esta la intención de Ortega. Lo que nos interesa es afirmar que en el caso de que alguien intentara resolver la antinomia antes planteada, a base de suprimir todo lo diferencial de España, «europeizándola», este conato de solución sería desacertado.

El epíteto que a los ojos de Unamuno merecía Ortega, fué éste. A mis ojos el epíteto que merecía es el de tener una visión superficial, solución equivocada e imposible; es un recurso que vale tanto como cortar la cabeza al que tiene jaquecas, para que no las padezca más, medio en verdad muy expeditivo.

En uno de los picachos del Montseny por la vertiente que mira hacia la provincia de Gerona y cerca del pintoresco pueblecito de Viladrau, quedan las ruinas de un Santuario (ruinas desde 1936) llamado Sant Segimon. Allí al lado hay una roca puntiaguda y aislada, cuya cumbre, rematada de modo original, tiene una capillita. Allí precisamente se les ocurrió a nuestros antepasados colocar una ermita: por todos lados, menos por el istmo artificial que une el picacho al monte, está la roca cortada a pico. Es la ermita que el pueblo llama en catalán «Sant Miquel dels Barretons». La gente del pueblo cuenta en son de chanza (yo lo oí de pequeño) que aquel Santo es abogado contra el dolor de cabeza, porque quien dé una vuelta alrededor de Sant Miquel dels Barretons nunca más sentirá jaquecas. Pero añaden la explicación: porque aquél que intente dar la vuelta se romperá la cabeza y por tanto nunca más le dolerá.

Los «europeizantes» de hoy quieren que España dé una vuelta parecida: «¡Ay! ¡Me duele España!» ¿Solución? Muy sencilla: decapitarla; suprimir su individualidad, su historia, su ser; nunca más dolerá:

Si tener cabeza fuera algo pegadizo como llevar un «bisofné», podría pensarse en esta operación capital. Pero cuando una raza a lo largo de siglos y siglos, sean los del Renacimiento y Protestantismo, sean los del Enciclopedismo y Liberalismo, sean los del siglo anterior y actual influidos por Kant, ha manifestado y estructurado su ser, no hay Sant Miquel dels Barretons que valga: decapitarla para quitarle el dolor de cabeza es matarla.

Si tuviera en mis manos un megáfono, aquellas trompas de cono colorado con las que los guías turísticos hablan desde el pescante a los viajeros en el autocar, clamaría por los cuatro ángulos de España: ¡no decapitéis a España con pretexto de europeizarla!

Examinando despacio lo que de hecho (no en su intención, claro está) nos han traído siempre los «europeizantes», ha sido una tortura tal, que España ha preferido la revolución y la guerra antes que someterse a esta «diminutio capitis».

Proclaman en 1812 las Cortes de Cádiz el principio liberal: en todo,

España ha de ser como la victoriosa Francia; y se enciende la primera guerra carlista. Lanzan en 1870 los republicanos, los principios de Salmerón, Castelar, Pi y Margall; y a poco el desconcierto, la sangre y el cambio, eran un hecho. El pacto de San Sebastián de Azaña, Prieto, Alcalá Zamora, Maura, Albornoz, Largo Caballero y compañeros, proclama sin ninguna clase de paliativos un cambio de europeización de España: la monarquía no ha querido «liberalizarse», luego está de sobra; en 1936 España, al borde del abismo, contesta que no, que por ahí no. Por favor, los «europeizantes» de hoy, ¿no podrían aprender un poco las lecciones de ayer?

No sirve de nada una tardía y quejumbrosa lamentación rectificadora, «¡no es eso! ¡no es eso!»; sí, es eso el término a que lleva la lógica interna de los pueblos, y esa lógica interna tiene leyes que no se quebrarán por cargas afectivas y visiones superficiales de un filósofo.

Los jardineros saben perfectamente que para injertar con éxito una planta no basta buscar un primoroso injerto, ni hacer con cuidado el corte del escudillo para colocarlo. «Se toma la navaja, se corta la corteza del árbol perpendicularmente, se introduce cuidadosamente el escudillo del injerto...» —dirá el manual del agricultor. Sí; y después el injerto muere, porque la planta es un ser vivo, que no puede ser injertado por defuera, superficialmente; ha de reaccionar de modo *activo*, intrínsecamente, tomando por suyo el nuevo cuerpo, *incorporándolo* a su propio metabolismo vital. La hoja viva no está en el árbol vivo como un sombrero, colocado extrínsecamente sobre la cabeza. Si injerto en un tronco de olivo un brote de manzano; estoy seguro del fracaso: hay demasiada distancia vital y diferencia de tejidos entre los dos, para que el injerto prospere.

Tanta distancia hay entre el retorcido tronco de olivo y el brote de manzano, como entre el tronco secular de España y este brote liberal de los europeizantes. No basta sacar la navaja y cortar; esto es en verdad muy fácil; se requiere que el injerto «prenda», o mejor, que sea «prendido» por el tronco viviente. El fantástico optimismo de algunos jardineros europeizantes, que a cada fracaso estarían dispuestos a empuñar de nuevo la navaja, no conseguiría más que destrozarse a navajazos el tronco de España a fuerza de sajaduras, como van consiguiéndolo en España aquellos que todavía no han curado de la alucinante obsesión de europeizarla.

Cuando un pueblerino de la montaña catalana va a la capital para ingresar en el cuartel, advertimos inmediatamente que su intento de acomodarse a otro mundo distinto de aquél en que nació y se crió, nos parece ridículo. Con su atuendo propio, pantalones de terciopelo, ancha faja y «barretina» calada, manejando el arado o tractor con sus callosas manos, nos parecía noble; pero si viste con zapatos charolados y una corbata de mariposa es sencillamente ridículo. ¿Por qué? Porque ni lo siente, ni lo vive: no es aquello «auténtico», no es su ser. Por Dios, no hagamos de España un recluta que se fotografía

en la calle ante bambalinas de cartón pintado para enviar el retrato a la novia y hacerla sonreír. La hará sonreír, sí, pero de lástima, si es un poco lista. Nuestros europeizantes no consiguen más que una benévola sonrisa de complacencia y de burla en los lamas extranjeros a quienes quieren complacer: «¡oh, qué bien! ¡ya os habéis europeizado!» —y entretanto guiñan el ojo, se dan un codazo por debajo y por dentro revientan de risa ante el almidonado y planchado provinciano que no conoce su propia grandeza para hacerse «uno de ellos».

Concluamos: la primera tentativa de solución es enteramente superficial, todo lo que no parta de la base de reconocer la auténtica sangre y carne de España, es una solución que alucina un momento, pero en realidad es de fracaso, como los «afrancesados» del siglo XIX fracasaron, y los «republicanos» del 1870 también y los «comprensivos» de hoy o de mañana.

La solución ha de ser más íntima, ha de ir más hondo, para que el injerto pueda prender en la carne viva de España; no ha de negar la naturaleza propia del tronco que le ha de dar vida.

«Morabito» «energúmeno».

Si eran duras las palabras iniciales del párrafo anterior, «papanata europeizante», que Unamuno dirigió a Ortega, no son menos duras las del lema del presente apartado. Tampoco son más: son la respuesta de Don José Ortega y Gasset a Don Miguel de Unamuno Jugc.

Al grito orteguiano de «europeizar a España», contestó vigorosamente Unamuno: ¿cómo? ¿nada de europeizar a España! ¿africanizarla! «Africanizar a España» fué su primera réplica. Por esto Ortega le llamó «morabito». Y en cuanto a lo de «energúmeno» sería sin duda por la gran avenida de sentimiento y pasión con que este curioso morabito proclamó y defendió su programa.

La solución de Unamuno tiene indudablemente más profundidad que la de Ortega. Esto de pegar a España una cataplasma de euro-peísmo es superficial; no tiene, a la larga, más salida que el quejumbroso e ineficaz «¡no es eso! ¡no es eso!» Unamuno es menos superficial. En vez de aprestarse, navaja en mano, a sajar el tronco del olivo para injertarlo de cualquier cosa, se detiene y busca: ¿cuál es el punto de contacto? ¿cuál es la rama que tenga más semejanza natural con el injerto que le voy a poner?

Al dar vueltas alrededor del árbol de España, advierte en seguida que el sentimiento, la pasión y hasta el anhelo del ideal a lo divino, con el que tan bien ha sintonizado la acción mística, son un claro distintivo de la literatura española (13). También el temperamento impulsivo de Unamuno cuadraba con esta tónica.

(12) MONTOLIU, Manuel de: *El alma de España y sus reflejos en la lite-*

Por otra parte en Europa no todo es la fría dirección historista de Dilthey, ni el mosaico existencialista de Heidegger, ni el quintaesenciado Husserl, paralizado disecando partículas de esencia inmanente en el «yo» transcendental. No. Está por ejemplo Kierkegaard, que a su enemiga contra Hegel, añade todo el fuego de pasión y sentimiento. ¿Será este injerto el que prenderá en España? ¿no hay cierta semejanza entre él y el arrebatado fuego del alma española, junto con su literatura a lo divino?

Como se ve, el intento de Unamuno ya es algo más serio. En vez de aquellas grotescas traducciones de Krause que empapuzaba a sus pobres alumnos Sanz del Río, ridiculizadas por la estridente rechifla de Menéndez Pelayo, Unamuno si bien vasco de nacimiento, asimila el genio de la lengua castellana, que Salamanca le ofrece y habla Kierkegaard en español, no lo traduce. España cultivando su propio genio, su sentimiento volcánico como el del africano Agustín, su energía explosiva, no rechazaría como un cuerpo extraño el injerto nórdico de relativismo kierkegaardiano. ¿Qué pensar de esta segunda solución?

Desde luego esta solución ya tiene un punto de contacto en vez del periférico «europeizar a España». Lo de «morabito» está más cerca de Averroes, Selomó Ibn Gabirol, Ibn Roschd, que la «autognosis» sobreañadida a un Dilthey o una partícula de esencias del «yo» transcendental, disecada por Husserl. Lo de «energúmeno» está también más cerca de las quemadas periódicas de conventos que en España se reproducen periódicamente en 1835, en 1909, en 1931, en 1936, que de un helado fenomenismo de esencias nórdicas como «idealidad extraída de la historia y puesta en frascos», para usar la crítica de Kierkegaard contra Hegel.

A pesar de todo también esta solución es inaceptable. ¿Por qué? El injerto no prenderá porque la semejanza que se ha buscado entre

ratura del Siglo de Oro, Barcelona (1942). Capítulo V, *Alma mística*, páginas 557-740. Al principio (pág. 559) niega que sea un distintivo de España por la razón de que la tendencia del alma al misticismo es universal y por la otra razón de que la aparición y actuación del místico es siempre un fenómeno temporal. Pero en otro sentido más radical cambia de apreciación: «Si, a pesar de las precedentes consideraciones, nos hemos decidido a presentar nuestra literatura mística como expresiva de una quinta faceta del alma de España en la Edad de Oro, ha sido por varias razones. En primer lugar: la íntima conexión que existe entre lo ascético y lo estoico por un lado y entre lo ascético y lo místico por otro, lo que coloca a lo místico en el extremo de un mismo proceso. Así, pues, si lo estoico, que constituye la manifestación más alta de lo ascético pagano, y que tan inextricablemente aparece unido a lo ascético cristiano, representa una de las notas características y permanentes del alma española, como hemos visto en el precedente capítulo, no podemos dejar de tratar, como un elemento complementario muy importante de la psiquis nacional, de la Mística, que aparece al final de aquel proceso como culminación del impulso creador de los valores éticos, en una época como la Edad de Oro, en que llegan a la perfecta cristalización todos los factores vitales más representativos del alma nacional».

la ramita del tronco y el injerto mismo, ha sido una semejanza de color: pero el color no es lo íntimo, es una semejanza que no constituye la médula del ser; un tronco de olivo y el injerto de un níspero tienen, supongámoslo, un punto de contacto o semejanza en el color idéntico de ambos; aun así no se injertarán: la estructura íntima de sus tejidos sigue siendo profundamente diversa.

Lo mismo pasa con Unamuno: busca lo propio de España en una zona que es más «manifestativa» que «radical». Lo íntimo no es a veces el sentimiento sino el objeto y modo sobre que versa el sentimiento; no la pasión, sino el motivo y causa de la pasión. Sentimiento, y hondo, había en San Ignacio; sentimiento no faltaba en Don Quijote, el protagonista unamuniano; entrega generosa a un ideal en ambos; sin embargo querer equiparar a San Ignacio a Don Quijote, como hace Unamuno, es algo que afortunadamente no puede tomarse en serio, porque Don Quijote, el alocado, dista muchísimo del temple de San Ignacio, de quien decía Ribadeneyra que si algo sobresalía más en él, era la prudencia. Locura y prudencia, sinrazón y razón, no se avienen aunque en ambas haya gran fuerza de sentimiento y de amor a sus respectivas causas, muy diversas entre sí (14).

Exactamente pasa lo mismo con la España que Unamuno se finge. Es verdad que en España hay pasión honda y cálida, muy distinta de la flema norteña; es verdad que por tanto en este aspecto hay cierta semejanza entre la filosofía vitalista o biótica de Kierkegaard y ciertos aspectos de la literatura española; pero esto es el color de la piel, es lo extrínseco, es el modo de la cosa, no la cosa misma.

Si hay dos hombres instruidos y además honrados, que han de convivir accidentalmente con otros dos que son unos palurdos y además ladrones, es más fácil que los dos instruidos y honrados se entiendan bien entre sí, aunque el color de la piel o la estatura los separe, y al revés que los otros dos se avengan a pesar de inconveniencias accidentales ¿Por qué? Porque la unidad y conveniencia que les da la instrucción y modales, además de la honradez, es algo más íntimo y apreciado que una nota accidental, como es que sean blancos o morenos.

En los siglos de Historia de España, como hemos visto antes, las directrices fundamentales de la Fe Cristiana, se han entrafado en ella; y tan íntimamente se han entrafado en el alma de España, que sólo el constante rebote de lo extraño que intenta penetrar, hace ver cuán íntimo es el principio vital que lleva dentro. El cuerpo viviente tiende a expulsar el clavo o astilla que le han introducido.

El pueblo judío disperso veinte siglos entre naciones las más diversas, perseguido y acosado, habría podido mil veces fundirse con la masa amorfa que lo rodeaba y desaparecer de la Historia, absorbido

(14) RIBADENEYRA, P., S. I.: *Vida del Bienaventurado Padre S. Ignacio de Loyola*. Libro V, cap. 10, cap. 11: «Historias de la Contrarreforma» B. A. C., Madrid, 1945.

por el oleaje. La realidad es que todas las semejanzas que un judío hallaba con otro pueblo le parecían siempre superficiales al lado de un principio más íntimo de unidad: y el injerto no prendía: él seguía siendo ante todo y sobre todo, judío. Hay shefarditas en Oriente que hablan aún español, y otros que conservan la llave de la casa de España que sus antepasados abandonaron en tiempos de los Reyes Católicos. Hondo ha sido en este caso el amor a una lengua y a una patria; pero inmensamente más honda ha sido la cohesión de su pueblo. Desde el primer germen de unión nacional que les dió el mismo Dios con una fuerza tan íntima en su alma, muchas veces han perdido sus tierras, sus costumbres, la lengua nacional durante varios siglos, hasta la Fe en Dios a la que lo deben todo: pero quedaba en ellos siempre el secreto afán de adhesión a su pueblo, que les ha hecho resistir a toda incorporación extraña. Esta nota es en ellos más íntima; por tanto cualquier intento de desisraelizar a los israelitas, con pretexto de cualquier semejanza más superficial, si partiese de la renuncia efectiva de su raza, estaría de antemano condenado al fracaso, después de sangre y lágrimas inútilmente derramadas.

Algo parecido hay en el caso de España. Tan íntimamente ha caído en ella una fe cuyos orígenes parecen empalmar con el mismo Pablo que llegó a Tarragona predicando la buena nueva y con Santiago, cuyo sepulcro se señala en Galicia; tan honda la huella mística de Dios en el alma de España, que aporta en esto lo más destacado del mundo; tan recio el temple de su literatura y pensamiento católicos que durante dos siglos impone la directriz a Europa y aun hoy cualquier europeo que quiera conocer lo mejor en espiritualidad ha de aprender español. En una palabra, tan constante es España en rechazar los elementos hostiles, como protestantismo, liberalismo, escepticismo subjetivo filosófico, que todas las semejanzas de sentimiento, de agonía y tragedia que invente Unamuno para injertarnos en «su» Europa, son también como un cuerpo extraño que al fin será expulsado del cuerpo viviente de España.

¿Adónde volver, pues, los ojos, para resolver el problema de la europeización o africanización de España?

Este es el problema que intentaremos resolver en la segunda parte de nuestra investigación.

Juan ROIG GIRONELLA, S. I.

San Cugat del Vallés, 1958.